

COSAS LIMINARES (*)

No sé con qué sabor de boca saldrá el lector de las páginas anteriores. Yo, a decir verdad, escribiéndolas, no me he preocupado de eso un solo instante. Muchas veces nos conviene mejor un plato amargo que uno dulce. Y yo soy el que ha escrito que el hombre no debe admirar ni gustar nada. Es preferible que un libro no nos guste a que nos entusiasme. Cuando un libro entusiasma a alguien, este alguien es una personalidad nula o anulable. Las interpretaciones filosóficas carecen de valor desde el momento en que se cristalizan en palabras. Carecen de valor, claro es, para el extraño, no para el espíritu que logró concebirlas. Huyamos siempre de las verdades de los otros.

* * *

Hay en este libro alguna agresividad. Considero que nuestro primer deber es agredir. Si mi concepción íntima del futuro se cumple, es necesario colgar la pluma dentro de pocos años. El hombre que se siente a sí mismo, y sabe que los demás también «se sienten», no necesita predicar ya verdad alguna. Vendrá entonces el tiempo de los diálogos, y quizá relaciones fecundas entre los espíritus.

* * *

Fuera de nosotros, nada existe. Los enigmas que nos rodean no son enigmas, sino mitos. Mitos contruidos por el hombre. El hombre, pues, logró dar forma a un error, a un gran error, y ahora, después de siglos, le atenaza el anhelo de deshacerse de él. No hay misterios, no hay enigmas; hay sí errores seculares.

* * *

Alma y fisiología. Como si dijésemos: intimidad y expansión. El hombre primitivo, mejor dicho, los hombres primitivos eran más fuertes fisiológicamente que nosotros. Se consideraron quizá una de tantas especies de animales. Se vieron unos a otros idénticamente erectos y proclamaron la analogía de sentires. El alma fue para ellos un instrumento de sociabilidad, como las manos, como el placer de las amistades, como el goce muelle de la bacanal. Aquí la identidad religiosa de todos ellos. Aquí la creación de los grandes enigmas. El espíritu humano vive prisionero de los mitos, que son la natural eclosión del sentir religioso de los hombres. Destruir mitos es contribuir a la nueva verdad. Y la nueva verdad no es única, es individual. Porque destruyendo mitos y religiones —y hasta teorías y sistemas filosóficos— desaparece la atmósfera común, esto es, fuera de nosotros se crea el vacío. Lo que quiere decir que cada alma humana es un cosmos, con su atmósfera propia y con toda clase de espiritualidades necesarias para desarrollarse y subsistir. Afirmo que en todo el pensamiento del pasado se nota una endeblez cuyo origen no es otro que el de no haber sabido librarse de la atmósfera falsa. Yo me resigno, sin embargo, a descalificar a un Descartes, a un Spinoza, a un Kant en nombre de mis

convicciones. Descartes, Spinoza y Kant, con su fuerte visión, poseyeron sin duda almas individualistas, y se salvarían en la pura revisión llevada a cabo por la verdad nueva.

Alma y fisiología, o sea, intimidad y expansión. Cúspide, punto único, que rompe las envolturas y se sale de la atmósfera de nuestra fisiología; eso es el alma, que como habitantes en el vacío absoluto tiene que respirar y nutrirse de sí misma. El hombre, su alma y su fisiología, es una pirámide.

* * *

¿Comprendo yo tu verdad? ¿Sí? Pues es el más seguro síntoma de que no existes.

* * *

[El gran mito único —Dios— desaparece para dar lugar al alma individualista de los hombres.]

* * *

Hay quien pide luz sobre las relaciones entre el alma y la fisiología, entre el espíritu y la biología, entre la intimidad y la expansión. Ninguna, señores, ninguna. Tampoco hay luchas entre ambas fuerzas. Todo lo demás que se diga sobre esto son razones de confesionario.

* * *

Nada de triunfos del pensamiento en la política, en los negocios, en el amor.

* * *

No comprendo la existencia de tantos filósofos como en el mundo han sido. Siempre con el pedantesco deseo de dar a los demás una verdad. Habría que discutir la medida del Cínico: «Si fuera gobernante, expulsaría de mi país a los filósofos».

* * *

Dice Voltaire en su «Dictionnaire philosophique», al tratar del alma: «Ces questions paraissent sublimes: que sont-elles? Des questions d'aveugles qui dissent á d'autres aveugles: Qu'est-ce que la lumière?». Tenía muchísima razón Voltaire. Estas palabras pueden escribirse hoy y pondrán escribirse dentro de unos siglos. El alma, el alma. ¿Por qué esto, y no «mi alma, mi alma»?

* * *

Urge que el hombre se encuentre a sí mismo.

* * *

La psicología es una engañifa, con la que quizá se desea subordinar el alma a la fisiología. En efecto: hay «una manera» de los biliosos. Hay también «una manera» de los estómagos dolientes.

* * *

Yo conozco la psicología de las piedras.

* * *

Heme aquí envuelto en un mismo final que el que ha vislumbrado algún pensador español de nuestra época: Sí, fracaso del racionalismo; decrepitud en las ideas religiosas.

Lo curioso es que ese pensador a que aludo dice que ésas fueron verdades en otro tiempo. Pero que nuestra época las rechaza.

Por todos los caminos se va a Roma. Pero los buenos viajeros gustan tanto o más las emociones del trayecto que la cosa final. Y hasta es posible que después no sea Roma la misma para el que llegó a ella por Oriente que para el que llegó por Occidente.

Todo el pensamiento del pasado es una lucha enconada, a veces terrible, entre lo que «somos» y lo que «queremos ser», o más bien, entre la realidad grosera de todos y nuestro espíritu, entre lo instintivo —«espontáneo», dice ese pensador aludido— y lo cultural.

La cultura es sólo ansia de «otra cosa». Las ansias, los anhelos son excitaciones que se producen en torno a «algo superior». Ese «algo superior» es el espíritu, lo que yo llamo «alma individualista». Y todos sabemos, porque lo demuestran las experiencias más vulgares, que el anhelo conseguido es placer inferior al anhelo «en sí».

Esto quiere decir que los anhelos se producen en un lugar superior, que desdeña después, o lo entrega a la fisiología, el placer de gustar los resultados conseguidos.

Bien; hagamos que la cultura se vitalice. Pero ¿qué se hace del foco productor de cultura? Por eso dije que por todos los caminos se iba a Roma.

Hay dos maneras de que dos cosas lejanas se encuentren: La de que ambas se muevan hacia sí, o la de que si una permanece estática, la otra supla este inconveniente avanzando hasta encontrar a la primera. Si queremos armonizar, fusionar, lo instintivo —«lo espontáneo»— con lo cultural, es necesario que aquello avance hacia esto, que realice la gran distancia. Y esto me parece que no es posible. Para ascender a una muy alta cumbre se requieren miembros ágiles.

No obstante, estamos de acuerdo con ese pensador en que es preciso que nuevas ideas encuentren la armonía necesaria para subsistir íntegras —superadas también— la vida y la cultura.

Esto puede conseguirse fusionando lo instintivo y lo cultural o apartándolos de forma que se hagan inaccesibles. Por ambos medios se extingue un error, pero cada uno de ellos construye «verdades diferentes».

Si en un matrimonio surgen discrepancias, de tal magnitud que los esposos lleguen a los insultos de obra convirtiendo el tálamo en un campo de batalla, los árbitros que se propongan resolver el conflicto podrán optar por dos soluciones: una, el divorcio, esto es, la

separación; otra, vencer los obstáculos que se oponen a que los esposos convivan pacíficamente. Para esto último es imprescindible que uno u otro renuncien a lo que antes consideraban «sus derechos».

Cualquiera de estas dos soluciones terminará con el escándalo. Pero en su esencia íntima, en lo que atañe más a lo profundo que a lo externo, son completamente distintas.

* * *

Hablar de «almas individualistas» no quiere decir que en cada individuo exista una.

* * *

Yo digo: Es preciso que nadie me entienda para que yo sea lo que quiero ser.

* * *

[Querer ser Dios es poco. Hay que querer ser «algo más».]

* * *

El alma individualista no excluye a la cultura. ¡Oh! Mi hija predilecta, la cultura. Siento por ella gran amor. Y la cultura debe circular, debe circular...

Quiero imaginar dos grandes depósitos de agua, mejor aún, varios, muchos depósitos de agua. A todos los une una especie de canalillo. La física más elemental nos habla de vasos comunicantes y de la ley que los preside. Pero ¿y si en el fondo de cada depósito se producen «inquietudes»? ¡Oh, la cultura! Sin embargo, por el canalillo no circula más que agua. Grandes cosas quedan en los depósitos porque no pueden circular por el canalillo.

* * *

[Se dice que Dios creó al hombre y a todo lo que nos rodea. ¿No pudiera ser al contrario?]

* * *

Hay quien ni es ni quiere ser nada.

* * *

Hay también quien no es y, aunque en vano, se esfuerza por ser.
Ambos indeseables.

* * *

Hay quien no es y lucha por implantar ese «no ser».

Este no es indeseable: es odioso.

* * *

[Gran golpe el que el racionalismo asestó a la religión. Pero el golpe de gracia, el definitivo, va a ser ahora con el puro individualismo de las almas nuevas.

Decidme si es tolerable que en el siglo XX le hablan a uno de «cosas mágicas» y de rebaños llorones.]

* * *

El «alma individualista» es posesión de un recurso, es construcción de una intimidad inaccesible. Después de esto, la socialización de las fisiologías.

* * *

[¿Intensa vida espiritual-cultural la del asceta, la del místico que se embriaga de tontería solemne? No veo yo aquí el espíritu ni la cultura. Hablemos más bien de primitivismo deplorable. Nuestro padre Adán fue sin duda un místico]

* * *

Yo estoy dispuesto a aceptar que todo aquel a quien la cultura le impide «vivir» es un imbécil. Carece de alma individualista, de continente para la sublimidad. Su cultura es sólo contenido. Su alma es un depósito en el que tiene cabida todo cuanto buenamente llega a él. Este hombre es un parásito que gusta de mirar a las estrellas.

* * *

No tiene nada de extraño que el ímpetu vital se alce hoy reclamando la atención de los buenos. El racionalismo no se acordaba de él creyendo que podría anularlo, esto es, sustituirlo. ¡Gran utopía! El sentir religioso no quería oír hablar de la «vida». ¿Qué hacer? Las normas puras del racionalismo fracasaron, porque evidentemente el ímpetu vital es insustituible, tiene su función genuina entre nosotros. Esto es: una cosa es la inteligencia y otra cosa es «la vida». Querer aplicar a ésta las verdades de aquélla es la utopía del racionalismo. Pero hay en éste siquiera un error espléndido. El fracaso del racionalismo es un magnífico fracaso.

* * *

[No sucede así con el sentir religioso. Este se propuso anular «la vida». Un enfermizo anhelo espiritual le hizo ver que «la vida» no es mas que un tránsito. Hasta llegaron a señalar disciplinas con que flagelarse, y el cilicio es en ellos una especie de atributo. El fracaso de las religiones pertenece al género de los fracasos por explosión.

Los supervivientes odian la fuerza fracasada, porque, en efecto, pueden considerarse salvados de un peligro]

* * *

El fracaso del «sentir religioso» nos hace respirar con fuerza, como si de pronto se deshiciera la atmósfera corrompida en que antes vivíamos. Es de esos fracasos cuyo solo recuerdo produce mal sabor de boca.

* * *

Me parece que el hombre no tiene motivos para procurar la anulación del ímpetu vital. Menos, claro es, está obligado a erigir éste en la cúspide de todos sus anhelos. El fin del hombre no es sólo vivir plenamente su ímpetu vital. Lo contrario sería hacer oposiciones a una calificación poco honrosa. Porque el hombre no es sólo un animal superior. Además de su animalidad pura posee un «algo» de donde puede y debe nacer un alma individualista. Fuera de esta posibilidad de construirse un alma individualista, el hombre, no nos hagamos ilusiones, es un animal vulgar. De si es superior o inferior a otros animales, es cosa que podremos saber cuando se haya penetrado en las interioridades de éstos.

Y para vivir plenamente «la vida» instintiva —la vida «espontánea»— me parece que no es necesaria la cultura. Y el viceversa me parece que es otra verdad, si bien algo más elevada.

* * *

El que aprecia una cosa que posee bien sabe que a los hombres que no la poseen les falta algo muy importante. Sin embargo, éstos bien no pueden darse cuenta de que les falta nada. El hombre de fingida normalidad, esto es, el que carece de alma individualista, aunque no lo parezca, no vive plenamente la vida, sí «la vida».

De todo esto se obtiene que el desarrollo íntimo del hombre, la adquisición de cultura, el vigor de su alma individualista no requieren la mengua de la vida espontánea, de la vida animal. La palabra de la época —y del mañana, claro está— es *Distanciación*. Todas las nuevas ideas han de partir de esa necesidad.

Aquí del hombre y del hombre superior. El hombre es un sustantivo de idéntico valor al de tigre, pez, caballo, etc., etc. Si nos fijamos bien veremos que es una impropiedad llamar al hombre «animal superior» o «animal racional». El hombre no es esto: es un animal vulgar, que se encuentra por cima de otros animales, no por su alma individualista o por su cultura o capacidad de ella, sino por la misma regla de tres que resolvemos al decir que el lobo es superior a la hormiga, el galgo a la liebre, etc., etc.

Pero el hombre también piensa, y es ingenuidad creer que piensa porque es hombre. De aquí emana el gran error de todos los siglos. Se ha creído que el hombre podía asimilar su hombría, su animalidad, a la «razón pura», y el «cogito ergo sum», de Descartes, implicaba existencia de hombría a la par que de «ser pensante». Y nadie se escandalice si digo que para vivir «la vida» no es necesario pensar. Pensar es producir pensamiento. Y si los

hombres al vivir «la vida» piensan, hay que creer a los demás animales productores de pensamiento, y poner alma, cultura y esencia inmortal en el caballo, tigre o el perro. Me parece que todo esto es un absurdo. El hombre no es un ser pensante, es un ser que tiene consigo una cosa extraña a él, que piensa. Los hombres que no tienen esa cosa extraña, o no saben desarrollarla o no pueden, son sólo hombres, viven formando parte de un mundo físico, no poseen mundo interior, no piensan, en una palabra.

Pero hay que afirmar que todo lo que pretenda la anulación del hombre no es normalidad espiritual, es teoría suicida. No existen obstáculos para que el hombre sea hombre en toda la extensión animal del vocablo.

¿Poner la cultura, la cualidad sublime, el pensamiento al servicio de «la vida»? Nunca. No es necesario. «La vida» no necesita nada del pensamiento. Creer otra cosa es gran error. Y cuando un espíritu selecto lo pretenda, es de suponer que concibe una utopía. Porque concibe una vida cuya existencia es imposible. Si a un hombre de negocios le exigís que obre por ideas, esto es, que obtenga de sus actos pensamientos, os dirá que no soñéis, que la cultura, la producción de las ideas no tiene que ver nada con sus negocios. Y tiene mucha razón. Su fin, al obrar —véase que hago depender las ideas de sus actos—, es producir dinero, y no veo yo que el producir dinero sea idea, esto es, que la cultura no la necesita el hombre de negocios para producir dinero. Porque supongo que el lector sabrá a lo que llamo yo cultura. Al mismo nivel cultural está un campesino iletrado que el director de una Sociedad Anónima millonaria. Claro que puede suceder que este director, además de hombre-director, posea una gran cultura, pero no porque la necesite su cargo.

Poner, pues, el pensamiento al servicio de «la vida», o crear una vida en que la cultura se case con el hombre son dos errores. El primero es error por tontería. El segundo, por utopía.

Hasta aquí, o sea en los siglos pasados, desde la filosofía griega al último destello positivista, todo ha sido lucha entre el hombre y la cultura; unas veces, por anhelo de predominio de la cultura; otras, las menos, por adaptación, y otras, el sentir religioso, por introducciones de los mitos, que sustituían a la cultura en sus batallas contra el hombre.

El hombre superior ha sido siempre muy demócrata, con lo que quiero decir que no ha vacilado en poner en cada uno de sus hermanos, en cada uno de los animales de su especie, un alma individualista, un germen de cultura. Por eso se ha admitido siempre que el carácter, los afectos, o sea la capacidad estimativa, la ciencia aplicada, las actividades políticas son síntomas de la existencia de un alma, de un germen de cultura. Y no hay tal. Todas esas cualidades que he citado me parecen atributos genuinos del hombre, naturales consecuencias de un instinto de conservación. Una cosa es instinto de conservación y otra es anhelo, deseo pensado, no instinto, de inmortalidad. El hombre como tal hombre desea conservarse. El hombre completo, poseedor de alma individualista y de cultura, desea inmortalizarse, eternizarse, vivir siempre. Y querer vivir siempre es muy distinto a no querer morir nunca.

Todo esto hay que examinarlo un poco más: Primero quiero que se me oiga proclamar que yo no deseo anular al hombre, sino al contrario, anhelo que todos se conviertan en hombres «pura sangre», y que desarrollen el mayor exponente de vida física, que sientan el orgullo de ser un animal fuerte, el más fuerte, de la Zoología. Y afirmo que para esto no se requiere ni una parte ínfima de cultura, no es necesario ni poseer ni poner en tensión el alma individualista.

Veamos: El hombre posee un carácter, que le sirve para reaccionar en presencia de algo inesperado o para adoptar una solución en momentos decisivos. Nadie negará carácter a un irracional. Todos los animales tienen un bien definido carácter.

Afectos o capacidad estimativa. Esta es una cualidad puramente animal. Si el hombre la posee en mayor grado que otros animales es cosa que no desmiente la afirmación.

Ciencia aplicada. La ciencia aplicada suple en el hombre algunas deficiencias orgánicas (1). Es como un suplemento, pero en modo alguno cualidad anímica. La ciencia aplicada es instinto, es, más bien, lo que podemos llamar habilidad. Que para transportar víveres el hombre se valga de trenes y la hormiga de su cuerpo es una prueba de nuestra fuerza sobre la hormiga, pero nada más. También un león es más fuerte que ella.

La política. Esta, de ser ciencia, es una ciencia aplicada. El hombre sabe que para subsistir, para desarrollar sus plenas actividades físicas, si quiere el mantenimiento del orden, necesita un gobierno. Los hombres que forman ese gobierno o aspiran a formarlo se llaman políticos. Al gobernar, hacen política. La política es hija del instinto de conservación. En efecto, sólo algún hombre enfermo puede concebir la anarquía como buena receta para conservarse. Niego que el político necesite ideas para gobernar. Las ideas en la política son «cosa biológica».

Amar. No sé por qué el hombre posee el prurito de mezclar el alma en estas funciones. Etc. Etc. Estos etcéteras significan otros tantos hechos a los que el hombre atribuye un carácter más o menos espiritual, cuando los podemos observar en cualquier especie zoológica.

¿Quiere todo esto decir que debemos desdeñar el carácter, los efectos o capacidad estimativa, la ciencia aplicada, las actividades políticas, el amor y etcéteras usuales? No. Lo que queremos decir es que todas esas funciones tienen en el mundo de lo irracional paralelajes íntimos, correspondencias bien precisas. Y nos importa mucho señalarlo para que nuestro boceto de teoría sobre la Distanciación se comprenda debidamente.

El hombre que posee alma individualista, esto es, capacidad cultural, no puede conformarse con ser un hombre «pura sangre». Al llegar aquí, y acordarme de los devaneos racionales de Kant, me entran ganas de romper con estos seres pensantes que, teniendo en las manos un gran alma, se ocupaban de comprender cosas inferiores. Bien es verdad que Kant fue un gran Yo, y vio muchas más cosas de las que expuso en sus críticas. Si Kant se hubiera desembarazado del racionalismo y se hubiera cuidado de decirnos lo que «presentía», el mundo Kantiano sería infinito. Aquí de los atrevimientos de Fichte y su gran Yo ideal. Pero sigamos:

Dije que el hombre que posea sobre-hombría no puede conformarse con ser un «pura sangre». Y un carácter, una gran capacidad estimativa, una gran habilidad científica, un gran sentido político, un gran «amateur», no pasan de ser síntomas de «pura sangre» (2). Ahora, ¿en qué consiste «lo otro»? Lo otro es la cultura, el alma individualista, la sobre-hombría. La razón, el pre-sentir y la poesía son los atributos del alma individualista.

La razón no defrauda, no puede defraudar nunca. Pero nuestra intimidad debe considerar a la razón como a un guía al que es necesario dejar cuando llegamos a un «cierto sitio». Las verdades de la razón son verdades de muchos. Diríase a la razón madre indirecta de la cultura, y en este caso, siguiendo el símil de los depósitos de agua, produciría las inquietudes. Pero hay algo por cima de la razón y de la cultura, y es la verdad íntima,

nuestro pre-sentir, dando a este verbo una significación intuitiva. La razón resuelve problemas, no «nuestros problemas». A veces, esas intuiciones las percibe un Yo extranjero. Hasta ahora, Goethe y Nietzsche me parecen los más grandes focos de intuiciones. Considero imposible que se lleguen a comprender algún día las verdades íntimas de estos dos colosos.

El mundo de la intuición, que es el más grande por ser el más íntimo, está vedado a los racionalistas, a no ser que se despojen de sus vestiduras, que en este caso son cadenas.

No pretendo, ni mucho menos, exponer aquí toda una filosofía. Ni es éste el lugar ni yo quiero que lo sea. Lo que sí hago es afirmar, frente a la época, mi posición ideológica. Exponer que considero el reconocimiento de dos fuerzas en nosotros —con genuinas funciones y distintas finalidades ambas— como la única base posible para las fecundaciones del porvenir.

Todo el pensamiento moderno —y el futuro— ha de girar sobre una palabra: DISTANCIACIÓN. Después de esto, vendrán los mundos íntimos, y, como dije antes, la socialización de las fisiologías.

Notas

- (1) Si el hombre pudiera transportarse con rapidez de un lugar a otro, no necesitaría el automóvil.
- (2) En el hombre la perfección física no se rige por los mismos cánones que la del caballo.

Nota del editor:

(*) Entre corchetes y en negrita, incorporamos los textos que se suprimieron en la primera edición (Vasallo de Mumbert, Madrid, 1971, 173 págs.)

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS

>DOCUMENTO: Quijote_019